

VII Semana de Pascua Ciclo A

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD

VIERNES

Lecturas

a.- Hch. 25, 13-21: Pablo ante el rey Agripa.

b.- Jn. 21, 15-19: Simón, ¿me amas? Apacienta mis ovejas.

Encontramos nuevamente a Pablo dando testimonio de la verdad, ahora frente a Festo, el nuevo gobernador romano en Judea. Este hombre quería un juicio justo para Pablo, y no sólo una condena, como querían los judíos, tarea que no había realizado Félix el anterior gobernador. Llevado a cabo el juicio en Cesaréa, acusado y acusadores están presentes, pero no puede haber condena, porque considera Festo que las querellas no son suficientes para condenar a Pablo a muerte. Lo planteado contra Pablo era cuestiones estrictamente religiosas, discusiones acerca de su religión, y de un tal Jesús, que ha muerto y que Pablo asegura que ahora está vivo (v.19). Es la misma idea que se hizo Claudio Lisias (cfr. Hch. 23,29) y que ahora Festo lleva al terreno de la superstición; lo que Pablo había juzgado respecto a los atenienses cuando los visitó (cfr. Hch. 17, 22). Todo lo cual estaba fuera de su competencia, por lo cual propone trasladarlo a Jerusalén para hacer un juicio real, con informes más fiables de personas que conocieran al acusado. Pero Pablo había apelado al César, por lo tanto, debía ser custodiado a Roma. Nuevamente es Lucas quien quiere demostrar no sólo la inocencia de Pablo, sino de la fe cristiana. Nada se opone a la a las leyes de Roma o al orden público de parte de los cristianos, de parte de Pablo. La resurrección es el tema de judíos y cristianos, también hoy con los que no creen, pero la conducta de los cristianos en la sociedad es lo que debe reflejar su fe en el Resucitado.

En el evangelio encontramos a Jesús resucitado, la pesca milagrosa y la triple confesión de amor de Pedro por Jesucristo. En el primer relato encontramos la fe de los apóstoles en la palabra de Jesús: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis" (v.6). Había pasado la noche sin coger nada y al volver encuentran a Jesús, quien les pide de comer. Cogieron ciento cincuenta y tres peces y al volver con tamaña pesca, el discípulo amado reconoce al Señor Jesús: "Es el Señor" (v.7). En la orilla Jesús los espera con pescado y pan puesto a las brasas y se los reparte. Es una de las apariciones del resucitado. El número de peces, simboliza a los pueblos que ingresarán a la Iglesia y el que la red no se rompiera, simboliza la unidad de la Iglesia. Se cumplen van cumpliendo las palabras de Jesús: los hará pecadores de hombres (cfr. Mc. 1, 17). La triple confesión de amor corona la triple negación de Cristo en la Pasión. Digo corona porque si bien allí lo negó ahora lo confiesa ante los apóstoles, el propio Cristo y ante los lectores del evangelio, la comunidad eclesial, preparando el martirio que deberá padecer por Cristo ante el poder de Roma en la colina vaticana. En cada una de las confesiones de Pedro, responde con el mandato de cuidar su grey (vv.15-16.17). Es el maravilloso anuncio del pastoreo universal de Pedro sobre toda la Iglesia de Cristo y el anuncio también de su futuro martirio. "En verdad, en verdad te digo: cuando eras

joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: Sígueme" (vv. 18-19). Si hay una cosa clara en la figura de Pedro, como discípulo es su seguimiento de Cristo, por el Calvario y la resurrección hasta el martirio en Roma. Mientras en la Pasión experimenta su debilidad como hombre, al ocultar su divinidad, por medio de la humillación, Pedro experimenta su propia debilidad, por su cobardía y temor, que no le hicieron, sin embargo, perder su fe. Para nosotros es un admirable testimonio de fe y de confianza en la gracia de Dios, en el poder transformado del amor del Maestro por uno de sus discípulos más cercanos íntimos, junto a Santiago y Juan. La plena adhesión a Cristo y a su Iglesia representada en su Vicario, son ciertamente un camino continuo de conversión, para que como Pedro, podamos decirle, con el cumplimento fiel de su voluntad: "Señor tu lo sabes todo; tú sabes que te quiero" (v. 17).

Solo el amor de Cristo, santificó a Pedro, lo purificó en pureza de amor, enseña Juan de la Cruz, de todo aquello que se oponía a su conversión, sus miedos y amor propio, por la humildad nacida del Calvario y de la resurrección del divino Maestro. Librarse de todos los modos bajos de obrar, significa contar con el amor de Dios en nuestra vida que no solo purifica sino que une. San Juan de la Cruz: "¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío?" (D 27).